

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 5 de Octubre de 1863.

Núm. 38.

SUMARIO.

Revista general de la semana, por X.—La atmósfera, por P. Alcántara García.—Camoens, poeta, por M. Julián Bander.—Un Angel de este mundo, por L. García del Real.—Epistola moral, poesía, por B. Ferrer y Iguña.—A Polonia, soneto, por F. Escudero y Perosso.—La hija del Sol, novela, por Fernan-Taballero.—Anuncios.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Triste cosa es la de tener que seguir paso á paso los graves y complicados acontecimientos de esta dichosa época que vamos atravesando. Nada nuevo tenemos que decir hoy con respecto á las muchas cuestiones políticas que se ventilan en el exterior, y aunque esto no nos sorprende, pues que al hacer nuestra anterior revista nos lo presumíamos, duélenos, sin embargo, el considerar el deplorable estado en que se encuentran asuntos de tan alta trascendencia.

Pero ya que nada tengamos que referir á nuestros lectores, nos ocuparemos en hacer algunas reflexiones sugeridas por la observancia de cuanto hasta aquí ha pasado con referencia á la cuestión que absorbe hoy día la atención pública.

Grande ha sido la polvareda que se ha levantado en las regiones diplomáticas despues de la contestación dada á las tres potencias, Francia, Austria é Inglaterra, por el gabinete de San Petersburgo, y de la aparición en el *Moniteur* del manifiesto del gobierno nacional polaco. A pesar de todo, es preciso confesar que la diplomacia rusa, si bien marcha por un camino digno de censura, ha sido en esta ocasión, mas sagaz que las tres famosas diplomacias de las naciones aliadas. Veamos si nó lo que ha sucedido.

Cuando en un principio la cuestión polaca empezó á revestirse de un carácter poco favorable á los intereses de la Rusia, el gobierno de esta nación creyó oportuno llevarla al terreno de las discusiones. Así lo hizo en efecto llegando hasta pedir consejos á las demas potencias acerca de lo que debía hacer, y prometiendo que la Europa quedaría satisfecha de las buenas intenciones que con respecto á Polonia, abrigaban el emperador y su gobierno.

Por espacio de no poco tiempo ha venido sosteniendo la discusión, ya retardando las contestaciones, ya dando respuestas sofísticas, y por lo mismo poco satisfactorias, hasta que al fin ha creído conveniente cortarla.

¿Pero cuándo ha hecho esto el emperador Alejandro II? Digámoslo de una vez. Lo ha hecho cuando lo ha considerado bastante fuerte para arrostrar cualquiera eventualidad, cuando se ha visto resguardado por formidables máquinas de guerra y por el clima, y en fin, cuando se ha convencido de que las tres potencias reclamantes no se avendrían en caso de que alguna de ellas quisiera declararle la guerra.

Que la diplomacia rusa ha conseguido su objeto, es evidente. Ha logrado entretener la cuestión hasta traerla á un terreno notoriamente ventajoso para su país. ¿Se atreverá ahora alguna de las tres potencias á declararle la

guerra? Por mas que á nuestros lectores les parezca demasiado aventurada nuestra opinión, nosotros no dudamos en afirmar que no; y para convencerse de la mucha verdad de este aserto, basta con leer los periódicos de Inglaterra, Francia y Austria.

Es verdad que los periódicos de la Gran Bretaña se muestran sumamente alarmados al considerar la contestación dada por el príncipe Gortschakoff; pero tambien lo es que trabajan porque recaiga todo el peso y la responsabilidad de este asunto sobre Francia; y mientras sostienen que el gobierno nacional polaco reúne todas las condiciones de un gobierno regularmente establecido, declaran que ni el honor ni el interés de Inglaterra se hallan comprometidos en esta cuestión, y que por lo mismo no hay para qué llevarla al terreno de la guerra. Esto dice bien claro que la nación Británica no se comprometerá para llevar á cabo una intervención armada en favor de los poloneses.

En Francia sucede poco menos. El *Moniteur*, al observar el efecto que ha producido en San Petersburgo la inserción del documento del gobierno nacional polaco, se ha apresurado á declarar que no puede considerarse este acto como de origen oficial, toda vez que el documento no apareció inserto en la parte destinada á los anuncios de esta procedencia.

Reasumiendo cuanto sobre la cuestión polaca llevamos dicho, se saca en consecuencia que á pesar de que la opinión pública se muestra en todas partes favorable á esta nación, la Rusia es la que hasta ahora lleva la ventaja, y que si la diplomacia europea no toma otra actitud mas digna y mas conforme con el sentir de los pueblos, la Polonia sucumbirá nuevamente, y nuevamente tendremos que temer por la tranquilidad de la Europa. Esperamos, pues, que se despeje algun tanto el horizonte político y que termine esa indecisión que hoy gravita sobre tan deplorable y largo asunto.

No hemos dado á nuestros lectores algunas de las noticias que referentes á la cuestión que nos ocupa, circulan por medio de la prensa, porque además de ser de escaso interés, es tal el estado á que hemos logrado llegar, que nada puede creerse. Las noticias de origen ruso nos dan parte diariamente de acciones ganadas por estos, al paso que las de procedencia polaca, las desmienten haciéndoselas perder á aquellos; por lo tanto es muy difícil conocer lo que hay de verdadero.

Nada tenemos hoy que decir tocante á nuestros asuntos de Santo Domingo y Melilla. Lo único que se sabe es que el Sultán de Marruecos ha contestado al ultimatum que le fué dirigido por nuestro gobierno, manifestando que mandaría al príncipe Muley-el-Abbas para castigar á los rifeños; pero á la hora en que escribimos estas líneas, aun no se dice que la tal promesa se haya puesto en ejecución. Veremos qué es lo que resulta al fin, y si es á los soldados del Sultán ó á los nuestros á quienes toca vengar esta nueva ofensa.

Aquí concluiremos, porque esta semana se ha presentado tan escasa en toda clase de acontecimientos, que ni aun los espectáculos públicos han ofrecido interés alguno; por lo mismo renunciamos por hoy á ocuparnos de ellos.

LA ATMÓSFERA.

Quiero escribir algo pero no sé cómo empezar. Suplico á mis lectores que me dispensen esta declaración.

Tengo ante mis ojos unas cuantas cuartillas de papel que con su blancura están incitando á mis pensamientos.

Estraña coincidencia. El papel que generalmente suele atraer hacia sí las ideas, parece que rechaza en este momento las mías.

Y sin embargo, es preciso decir algo á mis lectores.

Pero, de qué les hablaré?

Miro por todas partes y no encuentro nada que se presente á mis meditaciones.

En este instante una ráfaga de aire abre de par en par la ventana de mi aposento.

Ante mi vista aparece un espectáculo sublime: el espectáculo que ofrece la inmensidad del espacio.

Levanto la cabeza y mis miradas encuentran un límite que solo al pensamiento le es dado traspasar.

¿Qué existe mas allá y mas acá de ese límite?

Lo primero aun no me lo esplico satisfactoriamente. Dicen que es el vacío, la nada. Pero ¿qué es el vacío y la nada?

Lo confieso. La resolución de este problema no es para mí, y por lo mismo se la dejo á los sábios.

De lo segundo, esto es, de lo que hay debajo de ese límite, puedo decir algo mas concreto. La ciencia se ha encargado de enseñármelo.

Me ha dicho primeramente que todo el espacio que nos rodea hasta tropezar con esa frontera azulada, que se opone á nuestra vista, se llama atmósfera.

Principio á ver mas claro.

Siento que en mi cerebro bullen ya algunas ideas que cada vez van tomando formas mas perceptibles y determinadas.

Mis nuevas ideas comienzan á condensarse y precisamente han de formar un conjunto del que se desprenderán mis pensamientos, como las gotas de agua se desprenden de las nubes.

También en nuestras cabezas se forman nubes.

¡Admirable correspondencia!

Contemplemos un momento y observaremos la armonía y semejanza que existe entre la naturaleza y nuestro ser.

La tierra impota hacia el cielo sus vapores que condensados forman las nubes. Estas se descomponen en gotas de agua que descienden á fertilizar el suelo que es de donde proceden.

Pues bien: la imaginación levanta hacia nuestra inteligencia sus vapores; la razón los condensa hasta componer con ellos blancas nubes que al fin se resuelven en pensamientos.

Los pensamientos son la lluvia que fecunda el campo de la inteligencia.

Se levantan de su seno en embrión y dotados ya de formas, bajan á él, como la gota de agua, á hacerlo mas productivo.

Cuando se dibujan sobre la superficie de un papel, se multiplican maravillosamente.

Pero si no me olvido, tengo que decir algo á mis lectores. Recuerdo que les iba hablando de la atmósfera.

¡La atmósfera! Aquí tengo ya el tema que he de discutir con el papel. Bonito epigrama para mi artículo.

De seguro que no fallara quien se ría al leer el nombre con que he bautizado á este hijo de mi inteligencia; pero cuando sepan que no es tan inoportuna como parece, se arrepentirán de su riso.

¿Qué es la atmósfera?

Todos lo saben. Es una cosa necesaria, precisa, sin la cual no es posible la vida. Esto es claro. Andamos, comemos, respiramos, en una palabra, vivimos, porque hay at-

mosfera. Luego es una cosa de todo punto indispensable.

Por lo mismo que el hombre ha comprendido esto, aspira de continuo á crearse atmósfera.

Ha paseado la memoria por las obras-hijas de su inteligencia, y se ha dicho:

—He atravesado la inmensidad del espacio y he registrado los astros, medido sus distancias y apreciado sus volúmenes; he descendido á las entrañas de la tierra y al seno de los mares, y les he arrebatado sus tesoros; he dado cuerpo y velocidad á la palabra y acertado las distancias. ¿Por qué, pues, no he de hacer atmósfera?—Y desde entonces comenzó su obra.

Al poco tiempo conocieron muchos que para vivir habia necesidad de doble atmósfera: la que nos regala la naturaleza y la que nos proporcionamos nosotros mismos.

La una la componen el aire, los fluidos y los vapores que emanan de la tierra; la otra las palabras que salen de los hombres; y ambas concurren á un mismo fin: al de mantenernos en la vida.

Mis lectores me habrán comprendido ya. No hay, pues, para qué decirles que la atmósfera que en este momento ocupa mi atención, es una atmósfera artificial, pero necesaria para muchos, y mas en estos tiempos que alcanzamos, en que las reputaciones se obtienen á fuerza de influencias meteorológicas.

Que la atmósfera de que hablo, es una necesidad de la vida, es incontestable. Observemos sino.

Ven ustedes un hombre que á pesar de su honradez, de su talento, en una palabra, de su verdadero mérito, pasa la vida ignorado y sumido en la miseria. Pues no hay que preguntar nada; ese hombre no ha encontrado ni siquiera uno de esos químicos de reputaciones, que le ayude á formarse atmósfera. Y como sin atmósfera no hay vida, nuestro hombre morirá asfixiado como si le hubiesen introducido en la máquina neumática.

Y es que la sociedad tiene algo de este aparato.

Cuando se empeña en extraer del lado de alguno el aire atmosférico, ó sea, su favor, su indulgencia, sus adulaciones y sus caprichos, no hay duda que le mata.

Si después ven ustedes otro hombre que sin ser nada representa mucho, que con mezquino talento alcanza grandes triunfos, y que disfruta de una reputación que no merece, pregunten nada, porque de seguro ese hombre tiene amigos creadores de atmósfera.

Así se explica el afán, que por esta clase de trabajos, se ha despertado en nuestros días, pues no hay persona que no se ocupe en esta obra.

El comerciante, el artista, el poeta, el novelista, el empleado, el hombre político, todos acuden á este medio para lograr sus fines.

Nada importa que sus obras no valgan nada; el aire atmosférico se encargará de elevarlas hasta las nubes.

Aquí tienen ustedes lo que quieren decir esos proyectos y sueños, tan llenos de *bombo*, que con tanta frecuencia se leen en los periódicos.

Los periódicos tienen algo de sobrenatural, pues que hacen atmósfera.

Esta es una nueva evolución del progreso.

La *nerografía* aplicada al arte de hacer fortuna.

Entre la atmósfera que atrae ahora sobre sí mis reflexiones, y la que sirve de receptáculo á la tierra, encuentro otra semejanza notable.

Ambas se componen de elementos diferentes y contrarios en sus efectos.

El *oxígeno* gas que da la vida, se encuentra representado en la atmósfera artificial, por las adulaciones y clamores de adictos y amigos; y el *ácido* que da la muerte, por la voz de los contrarios interesados en que la atmósfera no llegue á formarse.

Pues no es esto solo. En las atmósferas creadas por los hombres, se encuentran, como en la de la naturaleza, miasmas procedentes de cuerpos corrompidos y que, se hallan en putrefacción.

¿Qué son estos cuerpos?

Reputaciones perdidas; intereses lastimados; honores llenos de manchas; virtudes empañadas; todo lo cual ha sido preciso para que la atmósfera que trata de formarse, sea mas consistente.

Siempre igual miseria.

La vida reproduciéndose á costa de la vida.

Le levantan imperios, y para que sus cimientos sean mas fuertes, se amasan con sangre y huesos de los pueblos.

Se escalan tronos, y á fin de hacer la subida accesible, se buscan para escabeles, las vidas de los hombres.

Se trata de elevar reputaciones, y para que el triunfo sea mas seguro, se vé el modo de derribar otras, cuyo brillo pudiera ser un obstáculo.

Conozco que me voy estraliniando; pero mis lectores me dispensarán que no haya renunciado al deseo de ver escritas estas reflexiones que de repente me han asaltado y que no creo del todo inconvenientes.

Vuelvo, pues, al tema de mi artículo.

¿Pero cuáles, dirán algunos de mis lectores, cuáles son los agentes de esta clase de atmósferas?

Ya lo he dicho; además que en este momento tienen ustedes uno delante.

Supongo que ya habrán conocido que son los periódicos. No hay mas; para formar atmósfera es preciso hacerse amigo de algun periodista.

Y cuenta que los periódicos tienen algo del viento.

Cuando les parece soplan muy fuerte, hasta que logran amontonar nubes. Sucede luego que sin saber por qué mudan de direccion y destruyen lo mismo que pocas horas antes habian formado. Por eso no hay que fiarse mucho de ellos.

Ocurre otras veces que es tanto el ímpetu con que soplan, que en vez de edificar destruyen porque levantan tales tempestades, que concluyen por ahogar al favorecido.

Y no hay remedio; al que se ahoga nada le vale. Ya á lo menos no sé de ninguno que despues de ahogado haya tenido la humorada de irse á pasear.

Puede suceder que á fuerza de aplicarle reactivos, le vuelvan á la vida, si es que no ha muerto del todo; pero mucho me temo que esta vida tenga demasiada semejanza con la muerte.

Así como hay manchas que no salen, tambien hay enfermedades que no se curan.

Una vez destruida una reputacion es muy difícil levantarla de nuevo.

Sin embargo, y á pesar de estos inconvenientes, todo el mundo se afana por hacer atmósfera.

Lo he observado, y además me lo dice la experiencia propia. En este momento trabajo por crearme la mía; pero presumo que no llegará á consolidarse, pues los medios de que dispongo son de escasa accion.

Antes de concluir voy á hacer una advertencia que no deben perder de vista las ciencias exactas.

El mundo, segun ha podido verse, se ha convertido en un inmenso laboratorio, y como el trabajo abunda, se admiten muchos operarios sin reparar en su aptitud y cualidades.

No es extraño, pues, que haya tan malos químicos y que se formen tan monstruosas atmósferas.

P. DE ALCANTARA GARCIA.

CAMOËNS.

BOCETO.

I.

Por los años de 1525 nació en Lisboa este esclarecido ingenio, gloria de la nacion portuguesa y orgullo de la república literaria.

Fueron sus padres don Simon Vaz de Camoëns y doña Ana de Macedo, ambos de linaje ilustre, y el primero de origen español, cuya casa solar radicaba en Galicia junto al cabo de Finisterre.

A pesar de que su familia no gozaba de grandes bienes de fortuna, se esforzó en proporcionarle una educacion esmerada, y lo envió á la célebre universidad de Coimbra, donde cursó con notable aprovechamiento.

De allí salió á la edad de diez y ocho años, vuelta de su casa con el propósito de seguir la carrera de las armas,

profesion á la cual se dedicaban mas particularmente en aquel tiempo los hijos de familias nobles.

Camoëns, como dice uno de sus mejores biógrafos, estaba dotado de agradable presencia, claro ingenio, imaginacion romántica, sensible y ardiente corazon, y en fin, de cuantas buenas cualidades pueden reunir al arte y la naturaleza.

Siendo así, y, además, poeta ya por entonces, fácil es comprender la tierna simpatia que despertó en el corazon de una dama de palacio, llamada doña Catalina de Ataíde; pero como Camoëns no tenia mas patrimonio que su espada, virgen aun, los parientes de doña Catalina, que gozaban de grande valimiento en la corte, lo hicieron desterrar á Ribatejo con el fin de impedir que ambos se empeñasen mas en sus amorosos deseos.

Desesperado entonces Camoëns solicitó pasar á Africa, y allí fué á combatir contra los moros, llevando grabada en su alma la imagen de doña Catalina, á cuya memoria fué siempre fiel.

Si el retrato que de ella nos ha dejado no está embellecido por la pasion, debió sin duda alguna de ser esta señora un dechado de gracias y perfecciones muy dignas por cierto de celebrarse por el Homero portugués.

Camoëns con la dulzura y armonia que le eran propias, auxiliado de la sonora flexibilidad de su idioma, describió de esta manera á doña Catalina:

«Hum mover de olhos, brando, é piedoso
Sem ver de que; hum riso brando, é honesto,
Quasi forçado; hum doce e humilde gesto,
De qualquer alegria duvidoso.
Hum despejo quieto, é vergonhoso;
Hum repouso gravissimo, é modesto;
Hum pura bondade, manifesto
Indicio da alma, limpo, é gracioso;
Hum encolhido osar; huma brandura.
Hum medo sem ter culpa, hum ar sereno;
Hum longo e obediente sofrimento;
Esta foi a celestes formosura
Da minha Circe, e o magico veneno
Que pôde transformar meu pensamento.»

II.

Despues de haber tomado parte en Africa en varios encuentros, se halló en un combate en las aguas del Estrecho de Gibraltar y perdió la vista del ojo derecho.

Volvió luego á Lisboa para embarcarse con destino á las Indias, y salió, en efecto, para ellas el año de 1555 en la flota que conducía don Francisco Alvarez Cabral.

A poco de su llegada se alistó en la expedicion que el virrey don Alfonso de Noronha dispuso contra el cacique de Chembo, distinguiéndose por su valor y ardimiento; mas adelante pasó en otra expedicion al mar Rojo y al Golfo Pérsico.

De vuelta en Goa, indignado de la depravacion de costumbres que se advertia allí, y que tan contrarias eran á la grandeza de sus sentimientos, escribió una sátira intitulada: *Disparates de India*; y esto unido á otro papel, que á poco tiempo se le atribuyó sin fundamento, exasperó de tal manera al nuevo gobernador, don Francisco Barreto, que, dejándose llevar de la impetuosidad y aflueria de su carácter, lo hizo salir desterrado para las Molucas.

Mas de tres años anduvo Camoëns errante de Malaca á Macao y las Molucas, agobiado por infinitos pesares, y lleno de amargura por la ausencia en que se veía de aquella á quien constantemente amaba con la vehemencia de que sus dulces y tristes poesias dan testimonio.

Por los años de 1558, vino á relevar á Barreto don Constantino de Braganza, y este señor se declaró Mecenas de nuestro poeta, levantándole de su destierro, tomándolo bajo de su proteccion y dándole, para indemnizarle de sus pasados sinsabores una lucrativa comision en Macao.

Ya por entonces se ocupaba de su famoso poema *Os Lusíadas*, y hay con este motivo la tradicion de que en una nueva ó gruta inmediata á la ciudad se recojía diariamente para proseguir su comenzada obra.

Braganza, trascurrido que fué algun tiempo, le autorizó para que volviese á Goa, y este nuevo favor se convirtió en

causa de nuevas desgracias para él. Porque, habiendo naufragado en las costas de Camboya, perdió cuanto tenía, si bien pudo salvar la caja en que guardaba su principal tesoro *Os Lusíadas*, que ya casi tenía concluidas.

Llegado que fué á Goa pudo entregarse tranquilamente á sus tareas literarias bajo la protección del virrey, que le fué continuada por su inmediato sucesor el conde de Redondo.

A la muerte de este como tuviese ya terminada su epopeya, y creyese por su medio alcanzar algún alivio á su desgraciada situación, determinó volver á Portugal á donde llegó no sin nuevas penalidades, en 1569, al cabo de 16 años de ausencia y de una no interrumpida serie de tribulaciones, que habían sido colmadas con la pérdida de Doña Catalina, la Beatriz del Dante lusitano.

Pero al cabo de muchas solicitudes solo pudo conseguirse de los ministros de don Sebastian una pensión de quince mil reis anuales. Tan insignificante como era esta suma, no debían de ser muy exactos en el pago de ella cuando lo hallamos á poco tiempo necesitado de implorar la caridad pública para no morir de hambre. Se conserva la triste tradición de que un criado que trajo de las Indias recorría de noche las calles de Lisboa pidiendo limosna para mantener á su amo enfermo.

Aquejábale por aquel entonces una grave dolencia, y como se hallaba solo, desamparado y falto de todo recurso, se hizo llevar á un hospital para morir menos miserablemente que en su habitación.

Estando á punto de rendir su alma le llevaron la funesta noticia de la derrota de Alcazarquivir, origen de tantas perturbaciones en su patria; y presintiendo los males que la iban á sobrevenir, dijo alzando la voz: *Al menos muero con ella!*

Arrásanse de lágrimas los ojos, esclama el Sr. Souza en su biografía, al recordar palabras tan bellas, tan grandes y tan generosas.

Así vivió y murió uno de los mas claros ingenios de la Europa y el mas ilustre de los poetas lusitanos.

«Nadie podrá llamarse infeliz y mal correspondido de los hombres si se acuerda de Luis de Camoens.»

Diremos, para concluir, algunas pocas palabras sobre *Os Lusíadas*.

Este poema es posterior á la *Divina Comedia* y al *Orlando* y anterior al *Paraiso Perdido* y á la *Gerusalemme*, y no solamente merece ser alabado por su magnífica versificación, sino tambien por su método admirable, pudiéndose por tanto comparar con la *Gerusalemme* que, segun Metastasio, aventajaba en esto á la obra del Ariosto.

El propósito de Camoens fué describir las empresas de su ilustre compatriota, Vasco de Gama, en las Indias; pero como, al mismo tiempo, enriqueció su epopeya con episodios tan bellos y felizmente tratados, su libro es inimitable. La narración de los Cantos III y IV y la historia de Jnes de Castro, son dos pruebas de lo que decimos.

Unidad, grandeza y método en la acción, y vida y majestad en el estilo, hé ahí la norma á que sometió Camoens su poema.

No hay duda de que las ninfas del Tajo, á quienes invocó tan dulcemente para conseguir este propósito, le otorgaron amables cuanto deseaba.

MARLANO JUDERIAS BÉNDER.

UN ANGEL DE ESTE MUNDO.

(Conclusion).

VI.

D. Alberto, mero espectador hasta entonces de tan patética escena, en que su hijo ponía en práctica los bellos principios de moral que de él hubiera recibido, y mostraba con tal espontaneidad, la nobleza de su alma, su admiración, su entusiasmo por la virtud; vino á tomar en ella parte activa, no sin enjugarse antes una lágrima que rodara hasta su bigote gris.

Nunca este veterano, testigo en su larga carrera de sucesos desgarradores, se sintiera tan conmovido como en la

ocasion presente. Y nada tiene de extraño, porque el orgullo de un padre, cuyos esfuerzos así se ven premiados, se sobrepone siempre á todo otro sentimiento.

Antes de que ambos jóvenes pudieran darse cuenta de la viva emoción que embargaba sus almas, ya el uno se sentía ligado por unos fuertes y cariñosos brazos, y la otra oprimida su mano tersa y diminuta, por una suave y bienhechora mano.

Enrique, despues de contar á su padre con sentido entusiasmo lo que de la misma manera escuchara de los labios de la jóven, le rogó no demorasen el acompañarla hasta su morada, para cambiar en dulce consuelo la amargura de sus habitadores, su desesperación en esperanza.

—Si, hijo mio, si, le contestó el noble caballero, no perdónaremos medlos ni sacrificio alguno para atenuar la desdicha de esa honrada familia. Solo pido á Dios que no lleguemos tarde, pues si el estado de ese buen hombre es tal cual su sensible niña le pinta, cualquiera dilacion sería peligrosa. Marchemos.

Despues, volviéndose á la jóven que los contemplaba con muda sorpresa:

—Niña, guíanos á casa de tus padres.

—Dios les bendiga á Vds. caballeros. ¡Cuánto se alegrará mi pobre madre al verlos! Y mis hermanitos saltarán de contento; y yo les contaré todo lo que me ha sucedido; y cómo este jóven tan buena y cariñoso se conolvió de nuestro infortunio; y como V. caballero, que sin duda será su señor padre, le abrazó de tan buena gana, y á mi me tendió la mano. Todo, todo se lo contaré á mis padres y hermanitos. Y luego, cuando mi padre sane, porque mi padre sanará, ¿no es verdad, caballero? dijo clavando de repente sus angustiados ojos en D. Alberto, que sorprendido como su hijo, al ver en una pobre niña del pueblo reunidas tal discrecion, viveza é inteligencia, no cesaba de contemplarla.

—Hija mia, confiemos en que la Providencia no le abandonará, y veamos qué es lo que se puede hacer para curarle. ¿Vives muy lejos de aquí?—Si señor, tenemos que andar toda la calle de Leganitos y despues entrar en la plazuela de Aflijidos hasta el callejon donde vivimos.

—Asista algun médico á tu pobre padre?—Hasta ahora venia uno que está en el Hospital general y tiene tambien otros muchos enfermos fuera; el cual, además de no cobrar nada por las visitas, siempre trajo á mi padre gratis las medicinas, por cuyo motivo le queremos mucho. Hoy le esperábamos y no ha parecido. Como tiene que asistir á tantos, entre ellos algunos desgraciados como nosotros, mi madre teme que no haya podido, como tambien que acaso no pueda socorrernos mas.

A su vez Enrique preguntó á la simpática niña con marcado interés por su edad, nombre y familia, preguntas á que aquella contestó con la sencillez y discrecion acostumbradas.

De este modo distraídos nuestra heroína y sus protectores, no les pareció lejano el punto á donde encaminaban sus pasos, y de que hemos dado una idea al principio de nuestra narracion. Hélos ya en la triste morada. Trabajo cuesta al noble veterano hacer que Teresa se alze del suelo donde de rodillas se obstinaba en besarle pies y manos. Consiente al fin levantarse, mas no sin que antes selle con sus secos labios la delicada diestra del jóven Enrique, que, en estremo conmovido, le ruega cese en aquellas demostraciones.

Don Alberto, á la cabecera del enfermo, le interroga con solícito cuidado. Florita cuenta minuciosamente á su madre, segun habia prometido, todo cuanto le pasara en su dichosa expedicion. Enrique, que durante el trayecto, habia tenido el buen pensamiento de proveerse de pan, bizcochos, rosquillas y bombones, se halla rodeado de los tres niños, que olvidando en aquel momento la enfermedad de su padre, se engullen á toda prisa buena cantidad de los sabrosos confites, llegando el menor de ellos hasta batir con entusiasmo sus manitas, caballero sobre las rodillas del contemplante jóven. ¡Pobrecitos! Testigos de tantas horas agustiosas, para ellos era esta un dia de fiesta.

Dulce felicidad, vivo reconocimiento anuncian todos los semblantes; puro gozo embarga aquellos corazones, solo de vez en cuando alterado por un relámpago de tristeza.

La fiebre que le devora no impide al postrado tio Marcos manifestar su contento; y su semblante se anima; y su temblorosa mano oprime convulsivamente las de sus dos bienhechoras. Estos se disponen á partir. No contentos con entregar á Teresa algunos doblones para pagar alquileres atrasados y alimentacion, le prometen la asistencia de su mismo médico, en quien D. Alberto tenia ciega confianza, dando esperanzas de la pronta cura del honrado jornalero.

Los extremos de cariño con que la interesante familia correspondió á tal generosidad, escusado es el decirlos.

Los niños que ya cobraban á Enrique vivo afecto, querían que se quedase entre ellos á toda costa. El jóven logró calmarlos prometiendo volver al día siguiente y en los sucesivos, promesa sazónada con algunos cariñosos abrazos.

Y cómo no habia de volver si su corazón se lo mandaba?

VII.

Tres meses se pasan. Marcos ha recobrado su vigorosa salud. Ya no habita la bohardilla sino un cuarto mas decente y sano de la misma casa. Teresa se ha rejuvenecido diez años. Los niños concurren á la escuela; y ya no están pálidos ni tristes sino rubicundos y juguetones.

Florita que antes desgraciada conmovia, ahora feliz arrebatada. Viste con cierta elegancia entre las de su clase, y gracias á algunas lecciones que suele recibir de una hábil modista va consiguiendo bordar con primor.

Para transformacion tan favorable muchos gastos fué necesario haber hecho. En efecto, D. Alberto consumió todos sus ahorros y una gran parte de la cantidad que destinaba para un viaje de su hijo á Italia á perfeccionarse en el arte, dado caso de que no fuera pensionado por el gobierno. Mas no lo hizo sin consultar la voluntad del jóven, que en su magnánima generosidad lo hubiera sacrificado todo de buen grado.

Durante este tiempo ni un solo día, desde el de su providencial encuentro, ha dejado Enrique de visitar á sus protejidos.

La candorosa niña vá comprendiendo el afecto que inspira. —Y una pasión tan noble se podría comprender sin amar? El corazón dice que no. Enrique solia hacer su visita á la celda de la tarde. Si algun día tarda mas de lo acostumbrado, Florita siente esa vaga inquietud que tanto gozan en disipar con su llegada los amantes favorecidos. Esta pasión ya no es un misterio ni para el maternal afecto de Teresa ni para el ojo escrutador y solícito cuidado de D. Alberto. La primera vé sus progresos con satisfacción mezclada de inquietud. Este amor santificado colmaria las esperanzas de la buena mujer, no por la posición que de este modo podría su hija adquirir, sino porque ve claramente que aquellos jóvenes han nacido el uno para el otro, y que una separacion los haria desgraciados.

—Pensará de este modo D. Alberto? Esto es lo que duda la cariñosa madre, por mucho que se prometa del noble corazón y elevados sentimientos del veterano. Y mucho puede esperar porque este quiere demasiado á su hijo para hacerle infeliz. Don Alberto era uno de esos hombres despreocupados, de claro juicio y recto proceder, que mas atienden al mérito de las personas que á su fortuna y su rango. Por eso no trató de coartar los impulsos del corazón de su hijo. Prudente y previsor miraba al porvenir y esperaba.

Tres años se pasaron del mismo modo que transcurrían los tres meses. Florita ya no es una niña, es una mujer, hermosa cual una virgen de Murillo, pura como el aura de la mañana, púdica y tierna cual una sensitiva. Enrique es uno de los pintores mas aventajados de Madrid. Su aspecto es enérgico y varonil, y en su mirada brilla la inspiración y el génio. No tarda el gobierno en premiar su brillante talento, enviándole á estudiar á Roma con otros jóvenes de grandes esperanzas. Preciso es partir. Los amantes se despiden. Sus manos se enlazan; su última y elocuente mirada encierra estas palabras: «Me amarás siempre? Siempre!»

El jóven parte.—En su adiós á las personas que le son mas caras, se le oye con frecuencia balbucear: «gloria, amor, felicidad.»—Y felicidad, amor y gloria conseguirá.

VIII.

Dos largos años mora Enrique en la ciudad eterna. Ha estudiado con una aplicación y éxito completos; prueba de

ello las preciosas obras que de vez en cuando envia á su patria.

Por fin la hora del regreso ha sonado. Vedlo en brazos de su padre. Ya ha visto á su amante vertir lágrimas de gozo, y ya con un casto beso en su frente virginal le ha dado la primera prenda del dichoso himeneo que se prepara.

Inútil nos parece decir que la deseada union tuvo efecto á la mayor brevedad con gran contento de los padres de ambos jóvenes, que desde lo íntimo de su corazón celebraban tan venturoso día, dando gracias á la Providencia, que de tal modo premiaba los bellos sentimientos, la caridad cristiana, firme constancia y noble abnegacion de sus hijos.

Madres, lo mismo las que respiráis bajo los dorados arcesones que las que os cobijáis al abrigo de un humilde lecho, á vosotras me dirijo, para vosotras es este ejemplo. Imitable; guiad paso á paso desde la cuna las inclinaciones de vuestros hijos; no creais, como hay algunas, que su educacion consiste solo en poder presentarse con soltura y talento en sociedad. Ya habeis visto cómo, teniendo á la moral por norma, la hija de un pobre jornalero puede servir de modelo á las de las clases mas elevadas.

Seguid, madres, nuestros consejos nacidos del fondo del corazón, y tendreis el grato consuelo, la inmensa satisfaccion de que se diga de vuestras hijas lo que aun hoy exclaman todos los que admiran á la hija del jornalero, á la feliz cuanto virtuosa Florita: ¡Es un ángel de este mundo!

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

EPISTOLA MORAL.

DEDICADA Á R. M. J.

Rafael, de las cortés populosas
No te atraigan la pompa y lujo vano,
Que son sus apariencias engañosas.

Cual brota sobre el agua en quieto llano
Letal aliento del inmundo cieno,
Tal la corte respira hábito insano.

Dentro de sus palacios el veneno
Se esconde cual el áspid en las flores
Que ornán vistosas el pensil ameno.

¿Qué valen de su gala los colores
Si, del engaño velos transparentes,
Un día nada mas son sus fulgores?

Verás cruzar, cual rápida corriente,
En sus rodantes máquinas lujosas
Al placer sonriendo, vanas gentes;

Verás mujeres, ostentar hermosas
Vendidos cual su amor ricos joyeles,
Compradas al placar galas preciosas;

Verás, sobre magníficos corceles
Lanzarse en el tropel, de su riqueza
Orgullosos no mas, necios donceles;

Mas... déjalos pasar: tanta belleza
Es humo que se pierde en el vacío.
Vanas flores que ocultan la maleza.

Si buskais la virtud, si su rocío
De paz y de consuelo anhela el alma,
No la busques en tanto desvarío.

No es mas feliz la enaltecida palma
Que audaz al viento con furor se agita,
Que humilde violeta en dulce calma.

¡Ay de aquel que infeliz se precipita
Del mundo á las revueltas oleadas
En donde la virtud está proscrita!

En vano buscará las envidiadas
Horas de sueño de la noche umbría
Bajo el techo de espléndidas moradas,

Si los impuros ecos de la orgía
Con que huyó de las sombras tenebrosas,
Resuenan en su oído todavía.

¡De ese lujo las pompas engañosas
Cuántos y cuántos viles sacrificios
Encubren, y cadenas vergonzosas!

Sus espléndidos, ricos edificios
Son del infando crimen la guarida,
Sus teatros la escuela de sus vicios.

Sinó ¿qué es la Comedia, que vestida
De bellas formas sonrió en Atenas
A la gran muchedumbre oscurecida?

La Tragedia ¿dó está? ¿Se oyen apenas
De los héroes, sus dignos genitores,
Las grandes luchas de egoísmo ajenas?

¿Mas para qué, si acaso espectadores
Son más que de la farsa de la escena
De la aun más infeliz de sus amores?

Y para andar acordes, ya disuena
(Hollado el gusto por su torpe planta)
De la humilde virtud la fácil vena.

Ríete, amigo, de ignorancia tanta;
Desprecia su riqueza y sus honores;
¡El soplo de la suerte los quebranta!

No nacen nunca las fragantes flores
Allá en las elevadas, frías cumbres,
Sino en el valle oculto á los rigores.

Del pueblo las pacíficas costumbres
Imita más, si llevan á una vida
Sin dendas, ni ambicion, ni pesadumbres.

Y sigue la virtud, que oscurecida
El incienso desprecia de alabanza
Que es humo nada más, gloria mentida.

Imita de ese pueblo la templanza;
En él verás magníficos modelos
De amor, de caridad y de esperanza.

Más precia los tiernísimos consuelos
De su misero hogar, mas sus amores,
No turbados de envidias, ni de celos,

Que del lujo los vanos resplandores,
Alumbrando monótono el hastío
Con rayos de ilusión engañadores.

Y al llegar de la muerte el trance frío
En sueño más benéfico reposa
El que no conoció tal desvarío.

La leve tierra de ignorada fosa
Benigna es para el sueño del olvido;
No de aurea tumba la mármorea fosa
Con que el grande, que fué, yace oprimido.

RAPARL FERRER Y BIGNÉ.

A POLONIA.

SONETO.

El águila cuando deba su frente
el ala rota, el pecho atravesado;
solo entonces el buitre encarnizado
se atreve á herir su magestad doliente.

Así en tí, ¡oh gran Polonia! impunemente
el buitre moscovita se ha cobrado
y esa Europa que un día tú fué salvado
tu martirio contempla indiferente.

Basta ya de sufrir: toma á la vida
hurrah! á luchar; la muerte ó la victoria;
tu causa es noble, santa, bendecida;

Y en el juicio de Dios y de la historia,
aun Rusin vencedora, y tu vencida,
suyo será el baldon, tuya la gloria.

F. ESCOBRO Y PENOSO.

LA HIJA DEL SOL.

NOVELA ORIGINAL.

¿Está de viaje?
¿Quiéraitá qu'importe?
BIZCARRA.

Tocaban á ánimas las muchas campanas de la ciudad de Sevilla, y muchos corazones religiosos se alzaron al Señor en aquella hora dedicada por la iglesia á recordar los muertos. Todo yacía frío, silencioso y triste en la profunda oscuridad de una noche de diciembre; una espesa cortina de nubes tapaba las estrellas, esos ojos con que, según dice un poeta, mira el cielo á la tierra.

En una sala de una de las hermosas casas de Sevilla, que los extranjeros llaman palacios, frente á una chimenea en que ardía y daba luz, como una antorcha, la alegre leña de olivo, estaba sentada una mujer joven, sumida en los pensamientos tristes que inspiraba la lóbrega noche, en que no se oía sino el gemido del viento que azotaba los naranjos del jardín, y penetrando por el cañon de la chimenea, caía sobre la llama que se abatía temblorosamente, esparciendo ráfagas de vacilante luz por la estancia.

Parecía que la soledad la abrumaba, y cual si un genio benéfico se ocupase en prevenir sus deseos, dijérase que su invisible mano abrió la puerta, apareciendo en el umbral una persona cuya vista debió serla grata, puesto que la señora hizo al verla una exclamación de alegría, y se levantó para irle al encuentro.

La recién entrada era una señora de edad, bajita, triguena, cuyos ademanes animados, cuyos ojos vivos y alegres, mostraban que los años habían pasado por aquella naturaleza juvenil y activa sin doblegarla y sin que ella los contase.

—Vaya, marquesa, dijo la recién llegada; te he estado mirando por los cristales, y tienes un aire de languidez, según dicen los poetas del día, que maldito si te sienta bien. Si te hubiese visto tu amigo el Barón de S. Preces, diría que parecías ahí echada en tu sillón frente á la chimenea, la estatua de la lealtad llorando ante la hoguera de un trono.

—Por fortuna, dijo la marquesa riendo, el trono que anda aquí, lo fué solo de un jilguero.

—Si te viese Joaquín Broguer, te servirías de modelo para algun cuadro de la viuda de Padilla, prosiguió la que había entrado.

—Desahoga ese buen humor que rebosa en tí, como la alegría en los niños, respondió con resignación la marquesa.

—Tu recomendado Sir Robert Bruce diría al verte, que lo que verdaderamente progresa en el mundo, es el spleen.

—Pero hija mía, dijo la marquesa, cuando se tienen penas....

—Si me hablas de penas, interrumpió la señora, tomo el portante. Tengo una cáfila de ellas á tu disposición, que me dejo en casa cuando salgo. Vengo á que nos distraigamos un rató. Dejemos las lamentaciones para la Semana Santa.

—De ningún modo me entretendrias mejor que si me contases algo. En tu vida militar y activa, en las épocas tan llenas de lances que has atravesado, has visto y observado tanto, cuentas también y con tanta propiedad, que para mí el escucharte, es un placer superior á la lectura del libro más interesante. ¿Te acuerdas que ha poco tiempo me prometiste contarme la historia de aquella hermosa dama que debió á su singular belleza el nombre, por el cual fué conocida?

—Ya recuerdo; hablas de la hija del Sol. Por cierto que te la contaré con gusto y buenos datos, habiéndolos adquirido en la Isla, punto en que acaeció el suceso, donde pasé mi primera juventud, siendo mi padre capitán del departamento: escucha pues.

Sentáronse ambas amigas frente á la chimenea, á la que añadieron algunos leños, que empezaron á gemir al contacto de la llama, mientras la marquesa se puso á escuchar con ansiosa curiosidad la relación que hizo su amiga en estos términos.

—Quedó viuda la señora doña.... con solo una hija de tan maravillosa belleza, que le mereció el dictado de hija del Sol, por el cual fué conocida. Temiendo las asechanzas del mundo, cedió la señora... á su hija, lejos de él, en el silencio y la soledad, donde val' incesaantemente sobre su tesoro, hasta ponerle en las manos del hombre digno y honrado que uniéndose con la hermosa jóven, le dió su nombre y su hacienda.—Don A. F. era un hombre de mérito.—La hija de la viuda se unió á él, sin desear ni repugnarle la boda.

Significó en esta ocasión, como en todas, el dictamen de su madre, que jamás había hallado oposición en la dócil niña; gozaban hacia tiempo los esposos de una felicidad sin nubes, exaltada en el señor de F..., pasiva y suave en ella, cuando un acontecimiento inútil de referir aquí, obligó al señor de F... á hacer un viaje á la Habana.

El señor de F... rogó á su suegra, que durante su ausencia se encargara de su hija, y la llevase fuera de Cádiz; tan animada y brillante ciudad en aquella época (era por los años de 1763), en que era tan rica, y en que el oro arrastraba en pos de sí ese lujo, esos placeres, esas vanidades, esa embriaguez, esas pasiones que son su compañía ordinaria. El señor de F... les suplicó pues, que se retirasen á la Isla de Leon, ciudad de arsenales y marisma vasta y solitaria, porque Cádiz lo absorbía todo en sus cercanías.

Mientras una flota magnífica, salía noble y lentamente de la bahía de Cádiz, activa entonces como una furia, una berlina con cuatro caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, trotaban por el arrecife que conduce de Cádiz á la Isla, entre dos mares que se unen tanto en las altas mareas, que el arrecife, mas que camino parece puente.

En la berlina se hallaban dos mujeres, la una anciana, cuyo semblante espesara cuidados y zozobras. La otra jóven, superiormente bella, pero con el rostro hañado de lágrimas. Frente de ambas iba sentada una negra aun jóven, compañera y doncella desde la infancia de la que lloraba, la que por sus muñecas, gracias y niñerías, logró que á una legua de Cádiz, las lágrimas de su ama llegaran á enjorgarse, y que una sonrisa reemplazara los suspiros que antes salían de sus labios.

La Isla es una ciudad larga y angosta que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos.

La Isla es triste como una mujer arrinconada por una bella competidora, ó mas bien, la Isla con sus arsenales, sus diques, sus cordelejas, astilleros y máquinas, parece la mujer del marino en su soledad, sentada en la playa y mirando al mar.

Tres cosas descuellan en la Isla y la dan carácter é insignias: la religion alza las cúpulas de sus templos; la marina, la torre de su observatorio. La arena de su suelo, sus palmas, lucen además por todas partes la púrpura y el oro, nobles y ricos colores nacionales de su bandera.

La berlina se paró delante de una hermosa casa, que como otras muchas, era de piedra sola de mármol, y con puertas de caoba. Frente á la puerta de la calle se abría la del jardín, al extremo de una galería que descansaba sobre columnas de mármol, entre las cuales formaban los jazmines, rosales y madreselvas, festones en que columpiaban sus flores. Caminitos de ladrillos repartían el jardín en cuatro partes, los que eran cuatro tablares de arraclinadas flores. Las paredes desaparecían bajo el velo de enredaderas.

En medio del jardín había un cenador ó merendero, tan espesamente cubierto por rosas de pasión, que en lo oscuro y fresco mas que cenador, parecia gruta. En su centro sobre un pedestal, se hallaba un amorcito de mármol, que con una mano escondía las flechas á sus espaldas, y con la otra, ponía un dedo sobre sus labios encargando silencio.

En este merendero era en el que pasaba Clara, la bella hija del Sol, largas horas en aburrirse. Algunas veces le decía Pepa, su negra, después de largos ratos de silencio, en su gracioso lenguaje:

—Ese niño, mi señora, nos hace seña de callarnos; mas valiera nos aconsejase á hablar, pues lo vamos á olvidar. En fin, mi amo tiene en el barco, la mar, los vientos, los peligros, pero acá nosotras, no tenemos sino las flores.

Clara hostezaba y respondía:

—Mi madre dice, que la soledad es el paraíso á la puerta

del que vela un angel, por impedir la entrada al bueno y malo.

Así pasara la vida esta mujer que por desgracia no había sido enseñada á ocupar su tiempo y su entendimiento, y á quien la ociosidad pesaba, como las tinieblas al que es la desvelado. Necesitaba la vida activa y libre de la mariposa para vagar de flor en flor ligeramente y revolotear sin objeto.

No hay grande hombre, dijo el rey de Prusia, siendo aun príncipe, sin el pedestal de las circunstancias; puede aplicarse esta gran verdad á muchos casos; ¡de cuántos no deciden ellas!!

Un día Clara estaba sentada abanicándose en su ventana de cristales.

Pepa, echada en el suelo, se entretenía en teñir de azul con agua de añil, el blanco perrito babanero de su ama.

—Sabe V. mi ama, dijo de repente la negra, que ese oficial, ese brigadier de guardas marinas que nos sigue cuando vamos á misa, se ha mudado aquí enfrente?

Clara, al oírlo, por un movimiento espontáneo é involuntario, volvió la cabeza y vió en el balcón de la casa á que Pepa aludía, un jóven con uniforme de marina, que aprovechando el momento en que Clara puso en él la vista, la saludó con la gracia y finura que distinguía en aquella época á los oficiales de la marina real.

La reconvencción que Clara iba á hacer á su negra, espíró en sus labios al ver al jóven, en quien ya de sobra había reparado anteriormente.

Pepa, animada por el silencio de su ama, prosiguió:

—Se llama D. Carlos de las Navas, tiene 24 años, es rico, dádioso y el mejor mozo que pisa la Isla de Leon. Todo el mundo lo quiere y se hacen lenguas de él, el general decía...

—Parece que estás muy al cabo en lo concerniente á ese caballero, dijo Clara interrumpiendo la charla de Pepa; pero como todo eso ni me atañe ni me importa, guárdatelo para ti y otras curiosas.—Aquí tiene mi ama á su perrito... mas azul que una parvinca.—Dijo la humilde muchacha para distraer á su ama.

Pero su ama no pensaba ni en su perro azul ni en su doncella negro.

Días había que un gattardo jóven la seguía por todas partes; lo veía en la calle, en la iglesia, en sus pensamientos, en sus sueños, y de repente... se le encuentra frente á su casa. Se lo han nombrado, se halla casi relacionada con él por un saludo que no pudo escusar...

Demas está, marquesa mía, que le haga el panegirico de las Navas, que fué uno de los mas cumplidos caballeros de su época. También lo está advertirte, que guiado por la curiosidad que despertaba el renombre de la hija del Sol deseó verla, y al verla concibió hacia ella una de aquellas pasiones que en esa época en que la política no absorbía completamente á los hombres, henchía y exaltaba sus almas á punto de intentar hasta lo imposible para la mujer amada.

Mucho tiempo fueron rechazadas por Clara todas sus gestiones, porque á Clara le habían infundido principios religiosos, que si no siempre alcanzan por nuestra fragil naturaleza evitar nuestra culpa, siempre llegan á enmendarla ó corregirla.

Las Navas quiso intentar un último y desesperado esfuerzo.

¡Pobre hija del Sol!

Una tarde estaba Clara mas triste, mas sola que nunca en el merendero.

Se entretenía en deshojar una rosa de pasión, y lágrimas lentas y aisladas caían sobre sus manos, y las rosas las recogían en sus cálices, como recogen las que el cielo derrama sobre ellas de noche para perfumarlas.—¡Olvidar!—decía á media voz,—¡sí, sí, olvidar es lo mejor!—Y olvidóseme el remedio, respondió una suave voz detrás de la ojorasca.

Volvióse sobresaltada Laura, las Navas estaba á sus piés.

¡Pobre hija del Sol!

(Se concluirá.)

FERNAN CABALLERO.

PREMIOS MAYORES

del sorteo celebrado en Madrid el día 30 de setiembre de 1863.

Los treinta regalos han caído á los treinta premios mayores siguientes:

Premios.	Pn. Es.	Premios.	Pn. Es.	Premios.	Pn. Es.	Premios.	Pn. Es.
25541	40000	15568	1000	7457	500	8585	500
902	16000	10280	1000	20090	500	28457	500
8165	10000	9538	1000	3614	500	5154	500
7094	5000	17475	1000	855	500	15689	500
48558	1000	24056	1000	21905	500	4624	500
15529	1000	14007	1000	2101	500	6747	500
15249	1000	2079	500	22543	500	29282	500
15815	1000	2150	500	16816	500	27961	500
9859	1000	25578	500	12514	500	16225	500
745	1000	2750	500	25996	500	16541	500
27354	1000	28671	500	10715	500	872	500
18244	1000	8200	500	155	500	4872	500
2852	1000	11955	500	5045	500	27957	500
20535	1000	26172	500	17215	500	6009	500
4155	1000			4324	500		
26699	1000	29972	500	1965	500		

Los suscritores de nuestro periódico que deseen íntegra la lista oficial de los sorteos, se servirán pedirla y se les enviará gratis, puesto que no queremos ni imprimir ni tomar otras que no sea la citada oficial, con el fin de no incurrir en los gravísimos errores de esas listas que se hacen al vapor solo por adelantarse algunas horas.

Para satisfacer el deseo de los que preguntan dónde sañeron los cuatro regalos del 18 de agosto pasado, pondremos los números y pueblos, pues los nombres á nada conducen.

El primero en el núm. 2.168.—Alcalá de Guadaíra, provincia de Sevilla.

El segundo en el núm. 16.961.—Tebar, provincia de Cuenca.

El tercero en el núm. 4.880.—Hijar, provincia de Teruel.

El cuarto en el núm. 27.025.—Madrid.

Los números para optar á los tres regalos de Navidad, que da el Semanario todos los años, serán en poder de los suscritores con anticipación al sorteo de Navidad, y no deben reclamar porque la Empresa se cuida de ello.

Los recibos para los nueve regalos extraordinarios que hace la empresa el 12 de diciembre, los remitiremos á los corresponsales, y los que quieran que se les remitan directamente, mandarán ocho reales por cada recibo de Navidad.

Continuamos la inserción de las certificaciones de suscritores enfermos de nuestro periódico.

núm. 11.

Don Sebastian Perez Conde, médico-cirujano de esta capital:

Certifico haber asistido á Juan Montiel, el que ha estado padeciendo de fiebres del tipo continuas, las que se han resuelto á los diez dias de ser invadido, quedando curado desde el día de la fecha, y entra en convalecencia desde este día; y para que le sirva de resguardo al interesado, doy este documento en Huelva á 27 de agosto de 1865.—Sebastian Perez.

núm. 12.

Don Francisco de Paula Dominguez, licenciado en Medicina y cirugía, y forense de este partido judicial.

Certifico que el día primero del presente fui llamado para la asistencia médica de D. Manuel Jimenez Bueno, el que ha padecido una gastro-entero-encefalitis intensa que le ha durado catorce dias, hallándose desde dicho dia en convalecencia, y aun continuará por una semana; y para que conste á petición de la parte interesada doy la presente. Al-

calá de Guadaíra á 18 de agosto de 1865.—Licenciado Francisco Dominguez.

Certifico que el certificado que antecede me consta, y tuve aviso por dicho suscriptor, en que ha estado muy malo con la enfermedad que se cita hasta el 14 del actual. Alcalá de Guadaíra 22 de agosto de 1865.—Juan del Moral Ortega.

núm. 13.

Don Francisco Gutierrez y Diaz, doctor en Medicina y cirugía; segundo médico honorario del cuerpo de sanidad de la armada; subdelegado en medicina y cirugía de este partido; caballero de la real y distinguida orden española de Carlos III, etc.

Certifico que desde el día 17 al 24 del mes que actúa he estado visitando á Juan Jimenez Cantarero, vecino de esta villa y natural del Viso del Alcor, de una fiebre gástrica mucosa, cuya enfermedad después de terminada en el referido día 24, parece conveniente no podrá entregarse á sus ocupaciones habituales hasta pasados seis dias, que podrán considerarse de convalecencia, y conseguir de este modo su cabal salud. Y para que conste, á petición del interesado, espido gratis la presente certificación en Alcalá de Guadaíra á 26 de agosto de 1865.—Doctor Francisco Gutierrez.

Certifico que la presente certificación me consta haber tenido aviso de la antedicha enfermedad desde el día 17 del actual el suscriptor que antecede.—Juan del Moral Ortega.

A cincuenta ascienden las certificaciones que obran en nuestro poder: los fondos que la empresa destinaba á este objeto han concluido; sin embargo, el propietario de este periódico queriendo cumplir aun á costa de su bolsillo particular con los que tienen la desgracia de caer enfermos, y cuenta con el medio propuesto para sufragar los gastos, seguirá supliendo hasta donde sus fuerzas alcancen para concluir el año actual.

Debe advertirse que algunos mandan certificaciones de enfermedades que son crónicas ó habituales, y la empresa no pasa socorro mas que á las enfermedades graves que postran al paciente y le imposibilitan para el trabajo.

Tambien debe advertirse que en vista del excesivo número de enfermos, la empresa los irá socorriendo por turno riguroso, y que no se deber reclamar, pues el cuidado lo tiene la empresa de no faltar cuando al suscriptor toque, excepto en aquellos casos en que el suscriptor no tenga absolutamente medios para su socorro; entonces se facilitará al corresponsal para que lo satisfaga inmediatamente. Los que tengan en descubierto algunos meses del año no tienen derecho á las ventajas que dá la empresa.

D. A. M., de Pamplona, ha dejado en favor de la Caja de Ahorros 40 rs. que han importado los cinco dias que ha estado enfermo.

D. Diego Ponce ha dejado 64 rs. de ocho dias que ha estado enfermo, en Cotillas, provincia de Murcia.

D. Natalio Revilla, de Leon, ha dejado 52 rs., importe de los ocho dias de convalecencia.

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes 8 reales.

Por tres meses 30 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses 36 reales.

Seis idem. 50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año. 120 reales.

Franco de porte.

Colocacion en el Banco de Economias de un real por mes de suscripcion, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodriguez, Caballero de Gracia, 15.

Propietario y editor responsable.
D. JOSÉ MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodriguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.